

EL ASESINATO  
DE  
ABRAHAM LINCOLN

Planeada y ejecutada por sacerdotes  
Jesuitas

THE JEONCLAD AGE,  
INDIANAPOTIS, INC., 1893.

# EL ASESINATO DE ABRAHAM LINCOLN

PLANEADA Y EJECUTADA POR SACERDOTES JESUITAS.

---

Noventa millas al noroeste de St. Paul, Minnesota, está el pequeño pueblo de St. Joseph, establecido por los católicos romanos, y con un colegio para la educación de los sacerdotes. El 14 de abril de 1865, a las 6 de la tarde, dos hombres se dirigieron hasta el hotel del pueblo, uno fue el Rev. F. A. Conwell, capellán del Regimiento Primero de Minnesota, el otro era Horace P. Bennett, residente de St. Cloud, cerca de diez millas hacia el este. Si bien el Sr. Bennett fue atender a los caballos en el establo, el propietario, J. H. Linneman, quien estaba a cargo del convento y era un proveedor para los sacerdotes, dijo capellán Conwell que el presidente Lincoln y el secretario Seward fueron asesinados. Y cuando el señor Bennett regresó de la granja a la taberna, el propietario repitió la declaración a sus dos invitados.

Esto no fue antes de las 18:30, y el asesinato de Lincoln no se produjo hasta las 22:00 Teniendo en cuenta la diferencia en tiempo entre St. Joseph y Washington, la noticia del asesinato llegó a St. Joseph, al parecer, al menos dos horas antes de que ocurriera!

A la mañana siguiente los dos hombres fueron a St. Cloud, a donde llegaron alrededor de las 8 horas. Allí el Sr. Conwell dijo al hotelero, Haworth, lo que había oído hablar del asesinato de Lincoln y Seward. Él lo dijo también a varios otros hombres. Ninguno de ellos había oído este tipo de noticias. La estación de ferrocarril de St. Joseph estaba a cuarenta millas y el telégrafo más cercano a ochenta millas.

Al día siguiente, 16 de abril, era domingo y el Capellán Conwell inició la iglesia, donde iba a predicar. En su camino una copia de un telegrama se le entregó anunciando el asesinato de Lincoln y Seward.

El lunes, 17 de abril, el Sr. Conwell dirigió al St. Paul Press el párrafo siguiente: -

## UNA COINCIDENCIA EXTRAÑA

*"A las 6:30 de la tarde, el viernes pasado, 14 de abril, se me dijo, como una nota de noticias, ocho millas al oeste de este lugar (St. Cloud,) que Lincoln y Seward habían sido asesinados."*

Esto fue publicado, pero el hecho fue desacreditado por el editor, otra comunicación fue enviada por el Sr. Conwell, que se imprimió de la siguiente manera: -

*"La integridad de la historia exige que la coincidencia anterior sea establecida. Y si uno lo pone en duda, entonces las pruebas más amplias que criaron sus sombras sanguinarias para confortar al traidor pueden darse ahora."*

¿Fue esto simplemente "una extraña coincidencia?" Decididamente no! Los sacerdotes de St. Joseph sabía que Abraham Lincoln y otros jefes del Gobierno nacional iban a ser asesinados el Viernes, 14 de abril 1865.

El primer indicio que llegó a oídos de Abraham Lincoln de que iba a convertirse en una víctima de la venganza del sacerdocio Romano fue tan pronto en octubre de 1856. Dos veces en ese año había defendido a un sacerdote católico, el Padre Chiniqy, de Santa Ana, (Illinois), ante un jurado, en una falsa acusación de delito. El primer intento fue en mayo de 1856, en Urbana, setenta millas distante de la casa del acusado. El Sr. Lincoln demolió el testimonio de dos perjurados sacerdotes y su cliente hubiera sido absuelto, pero por la equivocación de permitir un solo católico romano en el jurado.

El caso fue juzgado de nuevo en octubre siguiente. El testimonio de un sacerdote llamado LeBelle, contra el carácter del Padre Chiniqy fue de tal naturaleza como para horrorizar a todos. El interrogatorio por el Sr. Lincoln hizo mucho para romper la fuerza del testimonio directo, pero el temía sus efectos sobre un jurado que desconocía el carácter de su cliente. Cuando el tribunal levantó la sesión de la tarde el Sr. Lincoln dijo: -

*"Mi querido señor Chiniqy, aunque espero mañana para destruir el testimonio de LeBelle, debo admitir que yo veo un gran peligro por delante. Creo que el jurado le creen culpable, y que será condenado a una pena grave o al penitenciario, aunque yo estoy seguro de que usted es perfectamente inocentes. Es muy probable que tendremos que enfrentar a la hermana de LeBelle de mañana, que confirmará el falso testimonio de su hermano. Su enfermedad alegada es, sin duda, una finta, para que su testimonio pueda venir después del de su hermano. Y quizás nosotros tendremos que encontrar su testimonio como tomado antes de justicia local, que será tanto más difícil de refutar. Esa mujer está, evidentemente, en manos del Obispo O'Regan y su hermano, lista para jurar cualquier cosa que ellos le pidan. Nada es tan difícil de refutar como el testimonio de las mujeres, especialmente cuando la mujer está ausente de la corte. La única manera de estar seguro de un veredicto favorable mañana es, que Dios Todopoderoso participe y muestre su inocencia. Vaya a él, porque solo él le puede salvar."*

Estas palabras están registrados por el mismo Padre Chiniqy, y quizás son un poco de coloridas, viniendo por medio de un sacerdote muy piadoso y conciente, que pronto iba a renunciar, el error del papado y convertirse en un devoto Protestante. Entristecido el Padre Chiniqy se dirigió a su habitación, donde, a través de la noche, luchó en la oración. Fue una noche terrible de agonía. Sin embargo, a las tres en punto hubo un fuerte golpe en su puerta. Rápidamente el sacerdote llorando la abrió y allí estaba Abraham Lincoln que dijo: -

*"Anímese, mi querido Chiniqy, tengo a los perjuros sacerdotes en mis manos. Su plan diabólico es conocido y si no lo hacen volar antes del amanecer del día ellos seguramente serán linchados. Bendito el Señor usted está salvado."*

A la mañana siguiente, el tribunal interno no pudo contener a la multitud que vino a ver el resultado de ese juicio. El perjurado sacerdote LeBelle habían huido, pero hubo otros numerosos santos padres presentes con la esperanza de presenciar la condena del sacerdote francés canadiense. El juez David Davis se sentó en el banco y el autor Spink, una herramienta del Obispo O'Regan, rosado pálido y tembloroso para solicitar la posibilidad de retirar la acusación. La moción fue concedida por supuesto, pero los sacerdotes miserables presentes fueron agasajados luego con un discurso más elocuente y mordaz por Abraham Lincoln en la picardía de esta acusación, y el carácter infame del sacerdocio Romanista en general.

Aceptando un pago de solo cincuenta dólares por sus servicios, Lincoln se dirigió a su cliente y le dijo: "Padre Chiniqy, ¿qué te hace llorando? Usted debe ser el hombre vivo más feliz; Que han derrotado a sus enemigos y obtuvo una más victoria gloriosa."

"Estimado Sr. Lincoln," -respondió el sacerdote, "la alegría que, naturalmente, debo sentir como una victoria se vuelve en pena cuando pienso en la consecuencia para usted. No menos de diez o doce sacerdotes jesuitas llegaron desde Chicago y St. Louis para escuchar mi sentencia de condena. Pero en lugar de ello usted ha traído los truenos del cielo sobre sus cabezas; usted ha hecho temblar las paredes de la corte con su denuncia de la infamia de ellos. Ellos están enfurecidos, y temo que yo he leído su sentencia de muerte en los ojos sangrientos de ellos."

Al principio, Lincoln trató la advertencia a la ligera, pero después dijo: "Sé que los jesuitas no olvidan ni perdonan; Pero lo que importa es cómo y dónde un hombre muere, siempre y cuando sea en el puesto del deber?"

La elección de Lincoln a la presidencia fue unánimemente opuesta por los sacerdotes católicos. La Iglesia de Roma contempló la división entre el Norte y el Sur como su oportunidad de oro en Estados Unidos. Ordenó a su hijo mayor, el emperador de Francia, que enviara un ejército a México a fin de estar preparados para ayudar a aplastar a los Estados del Norte. Ella ordenó a los obispos, sacerdotes y la gente a votar en contra de Abraham Lincoln. Sólo un obispo se atrevió a desobedecer.

El padre Chiniqy había ya renunciado a la religión papista y se convirtió en un devoto Protestante. A finales de agosto de 1861, un sacerdote romano al que había invitado a abandonar los errores del papismo, le reveló un complot para asesinar al Presidente. El pensó que su deber de ir y decirle de la misma. Fue recibido con gran cordialidad por el Sr. Lincoln, quien dijo: -

*"Usted ve que sus amigos, los jesuitas, no me han matado todavía. Pero lo habrían hecho cuando fui a través de Baltimore si no hubiera derrotado a sus planes de pasar de incógnito unas horas antes de que me esperaban. Contamos con la prueba de que la compañía seleccionada y organizada para asesinarme era dirigida por un fanático católico llamado Byrne, y que en la banda habían dos sacerdotes disfrazados. Lamento tener tan poco tiempo para verle, pero no voy a dejarte ir antes de decirle a usted que hace unos días el profesor Morse me dijo que cuando estuvo en Roma, no hace mucho tiempo, se encontró con las pruebas de una conspiración formidable en contra de este país y sus instituciones. Es evidente que es a las intrigas y a los emisarios del Papa que debemos, en gran parte, esta horrible guerra civil."*

Al día siguiente, Chiniqy fue recibido nuevamente por el Presidente. "Quiero sus puntos de vista", dijo Lincoln, "sobre una cosa que es sumamente desconcertante para mí. Un gran número de documentos Democráticos se han enviado a mí últimamente, con las declaraciones que soy un apóstata católico romano. Ningún sacerdote de Roma alguna vez puso su mano sobre mi cabeza. Dime ¿cuál es el significado de estas mentiras?"

"Esto significa su sentencia de muerte", dijo Chiniqy, "y yo obtuve esto desde los labios de un sacerdote convertido con el fin de despertar el fanatismo de los asesinos romanos católicos, los sacerdotes han inventado la historia de que usted nació como católico y fue bautizado por un sacerdote. Un apóstata de la Iglesia de Roma es un proscrito que no tienen derecho a vivir. Aquí está una copia de un decreto de Gregorio VII, proclamando que el asesinato de un apóstata o hereje no es un asesinato. Tal es el canon legal de la Iglesia Católica."

Al darse cuenta del peligro inminente del Sr. Lincoln dijo: -

*"Yo repito lo que dije en Urbana en 1856, la primera vez que me advirtió contra los jesuitas. Pero ahora añado que tengo el presentimiento de que Dios me llama a través de la mano de un asesino. Que se haga su voluntad. Yo siento más y más que no es solo contra el Sur que estamos luchando, sino contra el Papa de Roma y sus pérfidos jesuitas, que son los principales gobernantes del Sur."*

*La gran mayoría de los obispos católicos, sacerdotes y laicos, son rebeldes de corazón, y, con pocas excepciones, están a favor de la esclavitud!. Ahora entiendo por qué los patriotas de Francia se vieron obligados a matar a tantos sacerdotes y monjes;! ellos fueron siempre y son los enemigos de la Libertad ".*

Una vez más, en junio de 1862, el Padre Chiniquy llamó al Presidente para advertirle de los peligros inminentes, pero sólo pudo estrechar la mano con él. Fue justo después de la gran victoria del monitor sobre el Merrimac, y la conquista de Nueva Orleans por el Almirante Farragut, y el Sr. Lincoln estaba demasiado ocupado para concederle una entrevista.

Una vez más, en junio de 1864, llegó Chiniquy a Washington, y el presidente logró tener una entrevista con él, llevándolo en su coche a visitar a los soldados heridos en el hospital. El Sr. Lincoln dijo: -

*"Esta guerra nunca hubiera sido posible sin la siniestra influencia de los jesuitas. Se lo debo todo al Papado. Oculto esto del conocimiento de la nación, porque si la gente supiera lo que hago, esto se convertiría en una guerra religiosa y asumiría diez veces más salvaje y sangriento carácter. Si la gente supiera lo que el profesor Morse me ha dicho de los complot de Roma para destruir a esta República, si pudieran darse cuenta de que los sacerdotes, monjes y monjas que llegan a nuestras costas con el pretexto de propagar su religión, enseñar a nuestros hijos, y ser enfermeras de los enfermos de nuestros hospitales, son sólo los emisarios del Papa y de los otros déspotas de Europa, para socavar nuestras instituciones y preparar un reino de anarquía aquí como lo han hecho en Irlanda, en México, y en España, los protestantes del Norte y del Sur seguramente se unirían para exterminar a los sacerdotes de Roma."*

A continuación el Presidente preguntó al Sr. Chiniquy si había leído la carta del Papa a Jeff Davis, y si es así lo que pensaba de él. El ex sacerdote respondió: -

*"Mi querido Presidente, que es lo que me trajo aquí de nuevo. Esta carta es solo una flecha envenenada dirigida por el Papa en su persona. ¿Sabes cuántos amantes de la libertad irlandesa, alemana, y los católicos franceses han estado luchando por la Unión. Separar a estos hombres de las filas de los ejércitos del Norte ha sido el objetivo de los jesuitas. Secreto y cartas urgentes se han sido dirigidas de Roma a los obispos, ordenando que se debiliten tus ejércitos separando a estos hombres. Los obispos respondieron que no podían hacerlo sin exponerse a la muerte, pero aconsejaron al Papa a reconocer a la vez la legitimidad de la República del Sur, y tomar a Jeff Davis bajo su protección por una carta que se leyó en todas partes. Por esa carta a sus esclavos ciegos entendieron que ustedes está ultrajando al Dios de los cielos y la tierra al continuar esta guerra sangrienta para someter a una nación cuya legitimidad es reconocida por el vicegerente de Dios. Esta carta significa que usted no es sólo un apóstata que cada católico tiene derecho a matar, sino usted es un bandido sin ley que todo católico debe matar. Esto, mi querido Presidente no es una interpretación caprichosa mía, es la explicación que me dio por unanimidad un gran número de sacerdotes de Roma, con los que he tenido ocasión de hablar sobre este tema. Me evocan Por lo tanto, para proteger a su preciosa vida. "*

El Presidente respondió a la gran longitud, diciendo: -

*"Usted me confirma mi punto de vista de la carta del Papa, y el profesor Morse es de la misma mente con usted. Desde la publicación de esa carta ha habido muchas, deserciones. Pero el general Sheridan se mantiene fiel a su juramento de fidelidad y vale la pena como todo un ejército por su habilidad y coraje. General Meade ha ganado la batalla en Gettysburgh, pero estaba rodeado de héroes, como Reynolds, Wadsworth, Slocum, Hoces, Hancock, Howard y otros. Y sin embargo, el ejército rebelde escapó. Cuando fue a ordenar la búsqueda un extraño se le acercó a toda prisa,*

*que extraño era un Jesuita disfrazado. Después de diez minutos de conversación con él Meade adoptado tales medidas para la consecución de que el enemigo se escapó casi virgen, con la pérdida de sólo dos armas de fuego. Los disturbios de Nueva York proyectaron el trabajo del Obispo Hughes y sus emisarios. Tenemos las pruebas en la mano de eso. Yo escribí al Obispo Hughes, diciéndole que todo el país lo haría responsable si no dejaba los disturbios de una vez. A continuación, los manifestantes se reunieron alrededor de su palacio, llamó a sus queridos amigos, les invitó a volver a casa con toda tranquilidad, y ellos obedecieron. El Papa y sus jesuitas han instigado y apoyado la rebelión de las armas de fuego por primera vez en Fort Sumter por el rabioso romanista Beauregard. Ellos están ayudando al Católico Romano Semmes en el océano. Tengo la prueba en la mano que el Obispo Hughes, a quien envió Roma con la esperanza de que iba a inducir al Papa para instar a los católicos americanos a ser fieles a su juramento de fidelidad, y al que agradeció públicamente, bajo la creencia de que había actuado honestamente de acuerdo con su promesa para mí, es el mismo hombre que aconsejó al Papa a reconocer la Confederación del Sur. Mis embajadores en Italia, Francia, e Inglaterra, así como el profesor Morse, me han advertido en contra de los complot de los jesuitas. Pero no veo ninguna otra protección contra los asesinos que estar siempre dispuesto a morir, como Cristo lo aconseja. Todos debemos morir, tarde o temprano, y es muy poco diferente para mí si me muerdo por un puñal clavado en mi pecho o de una inflamación de los pulmones."*

Luego de tomar su Biblia, el Presidente la abrió y leyó Deuteronomio 3:22-28, donde Dios dijo a Moisés que subiera a la cumbre del Pisga y he aquí la tierra prometida, porque no se le permitiría pasar el Jordán. "Mi querido Padre Chiniquy", dijo Lincoln, "He leído estas extrañas y hermosas palabras varias veces en las últimos cinco o seis semanas, y cuanto más leo más me parece que Dios las ha escrito para mí, así como Moisés."

El 14 de abril de 1865, a las diez de la noche el presidente Lincoln fue asesinado por John Wilkes Booth en el teatro Ford, y en la hora misma Lewis Payne intentó asesinar a Wm. H. Seward. Dos o tres horas antes de que esto ocurriera el propietario católico de St. Joseph, Minnesota, dijo Francis A. Conwell y a Horacio P. Bennett que Lincoln y Seward habían sido asesinados. Los dos hombres hicieron declaración jurada de los hechos, bajo juramento al 6 de septiembre, y 18 de octubre de 1883. El propietario Linneman, proveedor de los sacerdotes, se negó a jurar, pero hizo una declaración por escrito en octubre, 20 de 1883, debidamente firmada, diciendo que él le dijo al Sr. Conwell y el Sr. Bennett que "escuchó el rumor en la tienda de la gente que entró y salió, pero él no puede recordar de quién". Ese lapso de memoria, probablemente salvó la vida del propietario. Los sacerdotes de St. Joseph eran conscientes del complot para asesinar a Lincoln y Seward.

Sin una sola excepción, los conspiradores eran católicos romanos. Es cierto que Atzeroth, Payne, y Harold preguntaron a los ministros protestantes, cuando iban a ser colgados, pero lo malo es que habían sido considerado hasta entonces católicos. John Wilkes Booth fue un prosélito al catolicismo, y así Atzeroth, Payne, y Harold. Pero teniendo su padre confesor apareció con ellos en el cadalso que se había abierto los ojos del pueblo estadounidense para ver claramente que los asesinatos de Lincoln y Seward fueron planeadas y ejecutadas, por los sacerdotes jesuitas. Los asesinos fueron instruidos para ocultar su religión. Tal es la doctrina de la Iglesia Católica. Santa María de Liguorio dice: -

*"A menudo es más para la gloria de Dios y el bien de nuestro prójimo ocultar nuestra fe religiosa, como cuando vivimos entre los herejes nosotros podemos hacerles más fácil el bien de esa manera, o si, al declarar nuestra religión, nos causan algunos disturbios, o muertes, o incluso la ira del tirano (Liguori Theologia, ii. 3.)"*

Dr. Mudd, en cuyo lugar se detuvo en su cabina de vuelo era católico, y así fue Garret, en cuyo granero Cabina fue asesinado."

Tras el asesinato el Padre Chiniquy llegó a Washington en encubrimiento. Él encontró que la influencia de Roma en el Capitolio era casi suprema. El único estadista que se atrevió a enfrentar la nefasta influencia de Roma fue el general Baker. Pero otros varios estadistas confesaron que, sin duda, los jesuitas se encontraban en el fondo del complot, y a veces esto aparece tan claramente en evidencia ante el tribunal militar que se temía que no podría estar mantenido por parte del público. La Sra. Surratt era católica, y su casa fue el punto de encuentro común de los sacerdotes. Con un poco más de presión sobre el testimonio muchos de los sacerdotes han estado en peligro. Pero la guerra civil casi había terminado, y la Confederación, aunque rota, todavía vivía en millones de corazones; formidables elementos de discordia aún existentes, a los que el ahorcamiento o el exilio de los sacerdotes culpables daría nueva vida. Disturbios sobre disturbios debieron seguir. Por ello se concluyó como mejor política castigar sólo a aquellos que fueron culpables públicos y visibles, de modo que el veredicto podría recibir la aprobación de todos, sin crear nuevos malos sentimientos. Y esto, dijeron, fue la política del difunto presidente, porque no había nada que temer tanto como una guerra entre protestantes y católicos.

Es evidente que un plan de escape muy elaborado para los asesinos había sido organizado por los sacerdotes de Roma. El sacerdote Charles Boucher juró que pocos días después del asesinato de John Surratt fue enviado a él por el Padre Lapierre de Montreal, que lo mantuvo escondido en su casa parroquial de finales de abril hasta finales de julio, que luego lo llevaron de nuevo a Lapierre, que lo mantuvo secreto en la casa de su padre, bajo la sombra del palacio del obispo Bourbet, donde permaneció hasta septiembre, para que desde allí fuera llevado encubierto por él mismo y Lapierre a Quebec. Además, parece que fue llevado de Quebec a un barco de vapor marino September 15, por Lapierre, quien lo presentó como McCarty. ¿Y quién era Lapierre? El canónico y confidente sirviente del obispo Bourbet de Montreal. Lapierre y Boucher, que acompañaron a Surratt en el transporte, fueron los embajadores y representantes del Papa. Surratt fue enviado a Roma, donde se alistó como zuavo bajo el nombre de Watson. Nuestro Gobierno le descubrió, y el Papa se vio obligado a dejarlo. Pero, al hacerlo, los jesuitas lograron escapar a Egipto. Allí fue detenido, extraditado, llevado a Washington, y juzgado. Sin embargo, dos o tres de los miembros del jurado eran los católicos que habían enseñado que la muerte de un hereje no es asesinato. El jurado no estuvo de acuerdo, y el Gobierno se vio obligado a dejar al asesino en libertad.

El relato anterior del asesinato de Abraham Lincoln es sólo un compendio de Padre Chiniquy de "Cincuenta Años en la Iglesia de Roma", 30ª edición, 832 páginas, publicado en Chicago por Adam Craig. Chiniquy tendría 84 años el 30 de julio. Él afirma que había hecho unos 50.000 conversos del romanismo al protestantismo.

W. H. B.

- Esta es una traducción personal hecha por [www.ladoctrina.org](http://www.ladoctrina.org)
- Guatemala, diciembre de 2010

# THE MURDER

OF

ABRAHAM LINCOLN

Planned and Executed by Jesuit  
Priests,

THE JEONCLAD AGE,  
INDIANAPOTIS, INC., 1893.

THE MURDER OF ABRAHAM LINCOLN

PLANNED AND EXECUTED BY JESUIT PRIESTS.

Ninety miles northwest of St. Paul, Minnesota, is the little village of St. Joseph, settled by Roman Catholics, and with a college for the education of priests. On the 14th of April, 1865, at 6 o'clock in the afternoon, two men drove up to the village hotel; one was the Rev. F. A. Conwell, chaplain of the First Minnesota Regiment, the other was Horace P. Bennett, a resident of St. Cloud, about ten miles eastward. While Mr. Bennett was attending to the horses in the barn, the landlord, J. H. Linneman, who had charge of the friary and was a purveyor for the priests; told chaplain Conwell that President Lincoln and Secretary Seward were assassinated. And when Mr. Bennett returned from the barn to the tavern, the landlord repeated the statement to both his guests.

This was not later than 6:30 P. M., and the assassination of Lincoln did not occur until about 10 P. M. Allowing for the difference in time between St. Joseph and Washington, the news of the assassination had apparently reached St. Joseph at least two hours before it occurred!

Early the next morning the two men went to St. Cloud, arriving there about 8 o'clock. There Mr. Gonwell told the hotel keeper, Haworth, what he had heard about the assassination of Lincoln and Seward. He told it also to several other men. None of them had heard such news. The nearest railroad station from St. Joseph was forty miles, and the nearest telegraph eighty miles.

The next day, April 16th, was Sunday and Chaplain Conwell started for church, where he was to preach. On his way a copy of a telegram was handed him announcing the assassination of Lincoln and Seward.

On Monday, April 17th, Mr. Conwell addressed the St. Paul Press the following paragraph: —



## A STRANGE COINCIDENCE.

"At 6:30 P. M., Friday last, April 14th, I was told, as an item of news, eight miles west of this place (St. Cloud,) that Lincoln and Seward had been assassinated."

This was published, but the fact being discredited by the editor, another communication was sent by Mr. Conwell, which was printed as follows: —

"The integrity of history requires that the above coincidence be established. And if any one calls it in question, then proofs more ample than reared their sanguinary shadows to comfort the traitor can now be given."

Was this merely "a strange coincidence?" Emphatically no! The priests of St. Joseph knew that Abraham Lincoln and other heads of the national Government were to be assassinated on Friday, April 14, 1865.

The first intimation that came to the ears of Abraham Lincoln that he was to become a victim to the vengeance of the Romies priesthood was as early as October, 1856. Twice in that year he had defended a Catholic priest, Father Chiniquy, of St. Anne, (Illinois,) before a jury, on a false accusation of crime. The first trial was in May, 1856, at Urbana, seventy miles distant from the home of the accused. Mr. Lincoln demolished the testimony of two perjured priests and his client would have been acquitted but for the blunder of allowing a single Roman Catholic on the jury.

The case was tried again in October following. The testimony of a priest named LeBelle, against the character of Father Chiniquy was of such a nature as to horrify everybody. The cross-examination by Mr. Lincoln did much to break the force of the direct testimony, but he feared its effects upon a jury unacquainted with the character of his client. When the court adjourned in the evening Mr. Lincoln said: —

"My dear Mr. Chiniquy, though I hope tomorrow to destroy the testimony of LeBelle, I must concede that I see great danger ahead. I feel that the jurymen think you guilty, and that you will be condemned to a heavy penalty or to the penitentiary, though I am sure you are perfectly innocent. It is very probable that we shall have to confront LeBelle's sister to-morrow, who will confirm the false testimony of her brother. Her alleged sickness is doubtless a feint, in order that her evidence may come in after that of her brother. And perhaps we shall have to meet her testimony as taken before some local justice, which will be all the harder to rebut. That woman is evidently in the hands of Bishop O'Regan and her brother, ready to swear to anything they order her. Nothing is so difficult to refute as female testimony, particularly when the woman is absent from court. The only way to be sure of a favorable verdict tomorrow is, that God Almighty would take part and show your innocence. Go to him, for he alone can save you."

These words are as recorded by Father Chiniquy himself, and they are perhaps a little colored, coming through the medium of a very pious and conscientious priest, who was soon to renounce the error of Papacy and become a devout Protestant. Sadly Father Chiniquy betook himself to his room, where, through the night, he wrestled in prayer. It was an awful night of agony. But at 3 o'clock there was loud knocking at his door. Quickly the tearful priest opened it and there stood Abraham Lincoln who said: —

"Cheer up, my dear Chiniquy, I have the perjured priests in my hands. Their diabolical plot is known and if they do not fly away before the dawn of day they will surely be lynched. Bless the Lord you are saved."

The next morning the court-house could not contain the crowd that came to see the result of that trial. The perjured priest LeBelle had fled, but there were numerous other holy fathers present hoping to witness the condemnation of the French Canadian priest. Judge David Davis took his seat on the bench and the complainant Spink, a tool of Bishop O'Regan, rose pale and trembling to ask to be allowed to withdraw the prosecution. The motion was of course granted, but the miserable priests in attendance were then regaled with a most eloquent and scathing speech by Abraham Lincoln on the rascality of this prosecution, and the infamous character of the Romish priesthood in general.

Accepting a fee of only fifty dollars for his services, Lincoln turned to his client and said, "Father Chiniquy, what makes you weep? You ought to be the most happy man alive; you have beaten your enemies and gained a most glorious victory."

"Dear Mr. Lincoln," answered the priest, "the joy I should naturally feel for such a victory is turned to grief when I think of its consequence to you. Not less than ten or twelve Jesuit priests came from Chicago and St. Louis to hear my sentence of condemnation. But instead of that you have brought the thunders of heaven on their heads; you have made the walls of the court-house tremble with your denunciation of their infamy. They are enraged, and I fear that I have read your, death sentence in their bloody eyes."

At first Lincoln treated the warning lightly, but afterwards said, "I know the Jesuits never forget or forgive; but what matters it how or where a man dies, provided it is at the post of duty?"

The election of Lincoln to the presidency was unanimously opposed by the Catholic priests. The Church of Rome looked upon the division between North and South as her golden opportunity in America. She ordered her elder son, the Emperor of France, to send an army to Mexico so as to be ready to help crush the Northern States. She bade the bishops, priests, and people to vote in opposition to Abraham Lincoln. Only one bishop dared to disobey.

Father Chiniquy had now renounced the Papist creed and became a devout Protestant. At the end of August 1861, a Roman priest whom he had persuaded to leave the errors of Popery, disclosed to him a plot to assassinate the President. He thought it his duty to go and tell him of it. He was received with great cordiality by Mr. Lincoln, who said: —

"You see that your friends, the Jesuits, have not killed me yet. But they would have done it when I went through Baltimore had I not defeated their plans by passing incognito a few hours before they expected me. We have the proof that the company selected and organized to murder me was led by a rabid Roman Catholic named Byrne, and that in the gang were two disguised priests. I am sorry to have so little time to see you, but I will not let you go before telling you that a few days ago Prof. Morse told me that when he was in Rome, not long ago, he found the proofs of a formidable conspiracy against this country and its institutions. It is evident that it is to the intrigues and emissaries of the Pope that we owe, in a great part, this horrible Civil War."

The next day, Chiniquy was received again by the President. "I want your views," said Lincoln, "about a thing that is exceedingly puzzling to me. A great number of Democratic papers have been sent to me lately, containing statements that I am an apostate Roman Catholic. No priest of Rome ever laid his hand on my head. Tell me what is the meaning of these falsehoods?"

"It means your sentence of death," said Chiniquy, "and I have it from the lips of a converted priest that in order to excite the fanaticism of Roman Catholic murderers, the priests have invented the story of your being born a Catholic and baptized by a priest. An apostate from the Church of Rome

is an outcast who has no right to live. Here is a copy of a decree of Gregory VII, proclaiming that the killing of an apostate or a heretic is not murder. Such is the canon law of the Catholic Church."

Realizing the imminent danger Mr. Lincoln said: —

"I repeat to you what I said at Urbana in 1856, when you first warned me against the Jesuits. But I will now add that I have a presentiment that God will call me through the hand of an assassin. Let his will be done. I feel more and more that it is not against the South alone we' are fighting, but against the Pope of Rome and his perfidious Jesuits, who are the principal rulers of the South. The great majority of the Catholic bishops, priests and laymen, are rebels in heart, and, with few exceptions, they are pro-Slavery! I understand now why the patriots of France were compelled to kill so many priests and monks; they were and always are the enemies of Liberty."

Again, in June, 1862, Father Chiniquy called on the President to warn him against impending dangers, but could only shake hands with him. It was just after the grand victory of the Monitor over the Merrimac, and the conquest of New Orleans by Admiral Farragut, and Mr. Lincoln was too busy to grant an interview.

Once more in June, 1864, came Chiniquy to Washington, and the President managed to have an interview with him by taking him in his carriage to visit the wounded soldiers in the hospital. Mr. Lincoln said: —

"This war would never have been possible without the sinister influence of the Jesuits. We owe it all to Popery. I conceal this from the knowledge of the nation, because if the people knew what I do, this would become a religious war and assume a tenfold more savage and bloody character. If the people could know what Prof. Morse has told me of the plots at Rome to destroy this Republic, if they could realize that the priests, monks, and nuns who land on our shores under the pretext of propagating their religion, teaching our children, and nursing the sick in our hospitals, are only the emissaries of the Pope and the other despots of Europe, to undermine our institutions and prepare a reign of anarchy here as they have done in Ireland, in Mexico, and in Spain, the Protestants both North and South would surely unite to exterminate the priests of Rome."

The President then asked Mr. Chiniquy if he had read the letter of the Pope to Jeff Davis; and if so what he thought of it. The ex-priest replied: —

"My dear President, that is just what brought me here again. That letter is a poisoned arrow aimed by the Pope at you personally. You know how many liberty-loving Irish, German, and French Catholics have been fighting for the Union. To detach these men from the ranks of the Northern armies has been the aim of the Jesuits. Secret and pressing letters have been addressed from Rome to the bishops, ordering them to weaken your armies by detaching these men. The bishops answered that they could not do it without exposing themselves to death, but they advised the Pope to recognize at once the legitimacy of the Southern Republic, and to take Jeff Davis under his protection by a letter which would be read everywhere. By that letter his blind slaves understand that you are outraging the God of heaven and earth by continuing this bloody war to subdue a nation whose legitimacy is recognized by God's vicegerent. That letter means that you are not only an apostate whom every Catholic has a right to kill, but you are a lawless brigand whom every Catholic ought to kill. This, my dear President is not a fanciful interpretation of my own, it is the unanimous explanation given me by a great number of priests of Rome, with whom I have had occasion to speak on this subject. I conjure you therefore to protect your precious life."

The President replied at great length, saying: —

"You confirm me in my views of the Pope's letter, and Prof. Morse is of the same mind with you. Since the publication of that letter there have been many, desertions. But Gen. Sheridan remains true to his oath of fidelity and is worth a whole army by his ability and courage. Gen. Meade has gained the battle at Gettysburgh, but he was surrounded by such heroes as Reynolds, Wadsworth, Slocum, Sickles, Hancock, Howard, and others. And yet he let the rebel army escape. When he was to order the pursuit a stranger came to him in haste; that stranger was a disguised Jesuit. After ten minutes conversation with him Meade made such arrangements for the pursuit that the enemy escaped almost untouched, with the loss of only two guns. The New York draft riots were the work of Bishop Hughes and his emissaries. We have the proofs in hand of that. I wrote to Bishop Hughes, telling him that the whole country would hold him responsible if he did not stop the riots at once. He then gathered the rioters around his palace, called them his dear friends, invited them to go back home peacefully, and they obeyed. The Pope and his Jesuits have abetted and supported the rebellion from the first gunshot at Fort Sumter by the rabid Romanist Beauregard. They are helping the Roman Catholic Semmes on the ocean. I have the proof in hand that Bishop Hughes, whom I sent to Rome in the hope that he would induce the Pope to urge American Catholics to be true to their oath of allegiance, and whom I thanked publicly, under the belief that he had acted honestly according to his promise to me, is the very man who advised the Pope to recognize the Southern Confederacy. My ambassadors in Italy, France, and England, as well as Prot. Morse, have warned me against the plots of Jesuits. But I see no other safeguard against those murderers than to be always ready to die, as Christ advises it. We must all die sooner or later, and it makes very little difference to me whether I die by a dagger thrust through my breast or from an inflammation of the lungs."

Then taking his Bible, the President opened it and read from Deuteronomy 3:22-28 where God told Moses to go up to the top of Pisgah and behold the promised land, for he would not be allowed to pass over Jordan. "My dear Father Chiniquy," said Lincoln, "I have read these strange and beautiful words several times in the last five or six weeks, and the more I read them the more it seems to me that God has written them for me as well as Moses."

On the 14th of April, 1865, at ten o'clock in the evening President Lincoln was assassinated by John Wilkes Booth at Ford's Theatre, and at the same hour Lewis Payne attempted to murder Wm. H. Seward. Two or three hours before this occurred a Catholic landlord at St. Joseph, Minn., told Francis A. Conwell and Horace P. Bennett that Lincoln and Seward were assassinated. The two men make affidavit of the fact, sworn to September 6, and October 18, 1883. Landlord Linneman, purveyor for the priests, refuses to swear, but makes a written declaration October, 20, 1883, duly signed, saying that he told Mr. Conwell and Mr. Bennett that "he hear this rumor in hie store from people who came in and out; but he cannot remember from whom." That lapse of memory probably saved the landlord's life. The priests of St. Joseph were cognizant of the plot to assassinate Lincoln and Seward.

Without a single exception the conspirators were Roman Catholics. It is true that Atzeroth, Payne, and Harold asked for Protestant ministers when they were to be hung, had they had been considered Catholics till then. John Wilkes Booth was a proselyte to Catholicism, and so were Atzeroth, Payne, and Harold. But had their father confessors appeared with them on the scaffold that would have opened the eyes of the American people to clearly see that the assassinations of Lincoln and Seward were planned and executed, by Jesuit priests. The murderers were instructed to conceal their religion. Such is the doctrine of the Catholic Church. St Liguori says:—

"It is often more to the glory of God and the good of our neighbor to conceal our religious faith, as when we live among heretics we can more easily do them good in that way; or if, by declaring our religion, we cause some disturbances, or deaths, or even the wrath of the tyrant (Liguori Theologia, ii. 3.)"

Dr. Mudd, at whose place Booth stopped in his flight was a Catholic, and so was Garret, in whose barn Booth was killed."

After the murder Father Chiniqay came to Washington in disguise. He found that the influence of Rome at the Capitol was almost supreme. The only statesman who dared to face the nefarious influence of Rome was General Baker. But several other statesmen confessed that without doubt the Jesuits were at the bottom of the plot; and sometimes this would appear so clearly in evidence before the military tribunal that it was feared it could not be kept from the public. Mrs. Surratt was a Catholic, and her house was the common rendezvous of the priests. With a little more pressure on the witnesses many of the priests would have been compromised. But the civil war was hardly over, and the Confederacy, though broken down, was still living in millions of hearts; formidable elements of discord were still existing, to which the hanging or exiling of the guilty priests would give new life. Riots upon riots would follow. It was therefore concluded to be the best policy to punish only those who were publicly and visibly guilty, so that the verdict might receive the approbation of all, without creating new bad feelings. And this, they said, was the policy of the late President; for there was nothing he so much feared as a war between Protestants and Catholics.

It is evident that a very elaborate plan of escape for the murderers had been arranged by the priests of Rome. The priest Charles Boucher swears that a few days after the murder John Surratt was sent to him by Father Lapierre of Montreal, that he kept him concealed in his parsonage from the end of April to the end of July; that then he took him back to Lapierre, who kept him secreted in his own father's house, under the very shadow of the palace of Bishop Bourbet, where he remained until September; that thence he was taken in disguise by himself and Lapierre to Quebec. It further appears that he was taken from Quebec to an ocean steamer September 15, by Lapierre, who introduced him as McCarty. And who was Lapierre? The canon and confidential servant of Bishop Bourbet of Montreal. Lapierre and Boucher, who accompanied Surratt in the carriage, were the ambassadors and representatives of the Pope. Surratt was sent to Rome, where he enlisted as a Zouave under the name of Watson. Our Government found him out, and the Pope was forced to give him up. But in doing so the Jesuits managed to have him escape to Egypt. There he was arrested, extradited, brought to Washington, and tried. But two or three of the jurymen were Catholics who had been taught that the killing of a heretic is no murder. The jury disagreed, and the Government was forced to let the murderer go free.

The above account of the murder of Abraham Lincoln is only an abridgement from Father Chiniqay's "Fifty Years in the Church of Rome," 30th edition, 832 pages, published in Chicago by Adam Craig. Chiniqay will be 84 years old on the 30th of July. He claims to have made about 50,000 converts from Romanism to Protestantism.

W. H. B.